

# La dimensión política en los movimientos sociales: reflexiones sobre el movimiento ¡A luchar!\*

Por *Diego Mauricio Fajardo Cely*\*\*

## Introducción

**E**n el siguiente artículo se aborda una discusión presente en el campo académico colombiano ligada con la irrupción en la escena pública de expresiones colectivas de protesta e inconformidad. Nos aproximamos a los movimientos sociales como manifestación de algunos conflictos al interior de la sociedad, es decir, buscamos una reflexión académica que nos permita avanzar en el análisis y comprensión de dichos movimientos en Colombia, a partir de una particular atención a sus dimensiones políticas.

La revisión somera de algunas corrientes académicas que han abordado la discusión de los movimientos sociales nos permitirá avanzar en el entendimiento de especificidades de la acción social colectiva: el surgimiento de la movilización, el porqué de dicho surgimiento y la configuración del actor histórico. Este ejercicio nos posibilitará desarrollar una reflexión sobre elementos poco abordados como el caso de la

---

\* Artículo recibido en agosto de 2014  
Artículo aprobado en octubre de 2014

\*\* Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia, cursante de la Maestría en Historia de la misma universidad.

estrategia política, su incidencia y su relación con el sistema político y la construcción de sujeto histórico, todos ellos aspectos configuradores de las dimensiones políticas de la movilización social.

Afrontamos la discusión de lo político de los movimientos sociales a partir del análisis de su origen, dinámicas, actores y objetivos sin alejarlos de su contexto, dado que este resulta un elemento esencial de ellos, de hecho, una condición primordial en el caso colombiano donde gran parte de la acción colectiva se halla estrechamente relacionada con el conflicto social y armado.

Finalmente, dichas discusiones teóricas tienen la intención de arrojar luces para enfrentar de manera breve el análisis de la organización política ¡A Luchar!, en tanto que la comprendemos como parte de la acción social colectiva de nuestro país en la década de 1980.

Esta discusión atiende necesariamente a la construcción teórica de la disciplina histórica que, apoyándose en elaboraciones de otras disciplinas sociales, ha encontrado en la historia social y desde abajo la opción de hacer frente a la complejidad social en el tiempo y en el espacio, pues comprendemos que, aun a pesar de la salvedad hecha por Julián Casanova<sup>1</sup>, el estudio de lo social es la posibilidad de ver la existencia de relaciones desiguales de poder dentro de una sociedad y contexto determinado (Casanova, 1991, p.38).

- 
1. Su dificultad radicó en concretar una definición suficientemente clara e incluyente de lo que sus propios exponentes sostuvieron como «la historia social». Si bien su carácter opositor le demarcaba su propia negación, es decir, le permitía tener la claridad de aquello que no era, no estaba en capacidad de brindarle un objeto de estudio claro que hiciera posible entender su definición, dado que la inmensa pregunta de qué es la sociedad y cómo puede abordarse su historia resultaban demasiado avasallantes para una corriente historiográfica que apenas empezaba a tomar fuerza.

## Acercamientos teóricos a los movimientos sociales

La aproximación a la dinámica colectiva de la acción social debe hacerse orientada siempre por una pregunta que Archila, al retomar a Luis Romero, presenta como un elemento conclusivo de su obra *Idas y venidas. Vueltas y revueltas*: ¿Los sectores populares son lo que son, lo que ellos creen ser o lo que otros creen que son? (Archila, 2003, p.463). El interrogante retumba con fuerza al afrontar el análisis académico de los movimientos sociales. ¿Dónde debe pararse el intelectual para comprender la dinámica de estos actores? ¿Debe creer ciegamente en lo que los movimientos expresan de sí mismos? ¿Debe afrontarlos con la claridad de que la academia es la capacitada para su análisis, por encima incluso de las experiencias y elaboraciones de los propios actores? Quizá ninguna de estas pretensiones resulte de absoluta eficacia. El acercamiento a los movimientos sociales no puede desatender jamás a los propios actores. Nunca se podrán comprender sus dinámicas sin ellos mismos, sin embargo, tampoco pueden desecharse las elaboraciones académicas e intelectuales que ayudan a comprender dichas dinámicas.

Ahora bien, demasiada pretensión sería creer que podemos resolver el cuestionamiento constante que atraviesa a los estudiosos de este ámbito. Solo presentamos una reflexión, entre muchas otras, al respecto donde consideramos que un relacionamiento dinámico de las posibilidades es sin duda la mejor opción.

Con la irrupción de las dinámicas colectivas de protesta social propias de la década de los sesenta y los setenta, emergió también la preocupación por su estudio y su comprensión. Desde las académicas europeas y norteamericanas surgieron propuestas explicativas de estos fenómenos sociales. La emergencia de nuevas dinámicas de incidencia y ejercicio de la política, ante una «política» tradicional deslegitimada, sumó en la importancia de estas intenciones de análisis, pues aportaban una tajante ruptura con las propuestas que veían en las acciones sociales colectivas muestras y evidencias de las desviaciones de la sociedad (el estructural funcionalismo, las explicaciones psicológicas), elementos

que rayaban con lo anómico y los desajustes del proceso de modernización, y cuya intención de estudio apostaba, en lo fundamental, a su comprensión como paso necesario para su tratamiento y solución.

Con la propuesta del individualismo metodológico se dio un paso significativo para reconocer el carácter racional de la acción social colectiva, sin embargo, lo racional estuvo marcado por lo instrumental, ya que desde esta perspectiva la reflexión de los participantes en dichas dinámicas se centraba exclusivamente en las posibilidades de costo-beneficio, no tenía cabida la posibilidad de movilización de grupos sociales en los que existiera un objetivo común. Olson (1992) es el principal exponente de este enfoque. Su intención ha sido la conceptualización del cálculo estratégico como el necesario cálculo que realizan los individuos «racionales» motivados por el interés propio, donde incluso el problema del *free-rider* era de particular atención<sup>2</sup>.

Esta elaboración es una muestra de la imposibilidad del desarrollo de acciones colectivas que, si bien superaban las «desviaciones sociales», no dejaban espacio para la articulación de intereses y objetivos comunes que motivaran la movilización, lo que la restringió a las intenciones individuales atravesadas por la reflexión «racional» de costo-beneficio.

La sociología norteamericana, por su parte, aun cuando no se apartó sustancialmente de la visión instrumental del costo-beneficio, aportó otras dimensiones explicativas con la *teoría de la movilización de recursos*. En lo fundamental, buscaba responder cómo surgía y cómo era posible la movilización colectiva. La posibilidad de que dicha expresión apareciera era la concreción de recurrir a los recursos disponibles para lograr fines estratégicos en el sistema político. Estos recursos debían ser puestos en evidencia por los organizadores de la acción, es decir, impera la agregación individual a la acción colectiva y se presta poca

---

2. El problema del *free-rider* estaba centrado en la existencia de individuos que literalmente «viajaban gratis» en la acción colectiva, obteniendo un beneficio colectivo sin aportar a ella.

atención a la existencia de colectividades que, por distintas posibilidades (identitarias, políticas, simbólicas), puedan sumarse como conjunto a la movilización colectiva. La intención estratégica de los movimientos sociales para este enfoque está marcada, en lo esencial, por la articulación al sistema político e incluso por su institucionalización.

En forma paralela, en Europa, hacía presencia una interpretación de la acción colectiva centrada en el porqué de la misma. Las irrupciones de los movimientos feministas, ecologistas e incluso estudiantiles ponían de presente la necesidad de responder cuál era la causa de dichas expresiones colectivas. La óptica propuesta por el *paradigma de la identidad* presta particular atención a la mirada sistémica, aun cuando no estructural, de las relaciones sociales, así, la existencia del conflicto social toma una importancia explicativa notoria, que se suma a la existencia o construcción de nuevas identidades sociales y a la posibilidad de que estas experiencias colectivas agencien en sí mismas las dimensiones del cambio social (Touraine, 1987, p.99)<sup>3</sup>.

Si bien la anterior propuesta del cambio social está marcada por la existencia de sociedades posmateriales, no le resta importancia a la dimensión conflictiva y de cambio social que propone para los movimientos sociales. La posibilidad de creer en la aparición de nuevos movimientos sociales está presente en dicha propuesta y se para fundamentalmente sobre la presencia de múltiples identidades que posibilitan la acción colectiva de los grupos o, en su defecto, por la construcción de nuevas identidades a la luz de la propia movilización<sup>4</sup>.

- 
3. La mirada de Touraine (1987) acerca de los movimientos sociales resulta altamente explicativa de este enfoque. «El movimiento social es la acción, a la vez culturalmente orientada y socialmente conflictiva, de una clase social definida por su posición dominante o dependiente en el modo de apropiación de la historicidad, de los modelos culturales de inversión, de conocimiento y moralidad, hacia los cuales él mismo se orienta» (p.48)
  4. Para una ampliación de este tema véase Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D.F: Colegio de México. De la Porta, D. y Mario D. (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Complutense.

Otra visión para analizar los movimientos sociales aparece hacia la década de los ochenta con la propuesta de la *estructura de oportunidades políticas*. Esta elaboración surge como un ejercicio conciliador entre los paradigmas de la movilización de recursos de la academia norteamericana y el paradigma de la identidad europeo. La centralidad que este enfoque le da a la existencia del conflicto social está presente en la definición que Tarrow (1987) propone para los movimientos sociales, pues los presenta como «desafíos colectivos desplegados por un conjunto de personas unidas por vínculos de solidaridad y objetivos comunes que sostienen interacciones contenciosas permanentes contra el Estado y las élites sociales» (p.21).

Otra dimensión transversal de esta perspectiva es la importancia del contexto político en el surgimiento y éxito de los movimientos sociales. Toda vez que esta dimensión se centra en analizar el grado de apertura y vulnerabilidad del sistema político frente a los movilizados.

La estructura de oportunidad política favorece o constriñe la emergencia de los movimientos sociales al contexto histórico y político que los comprende. Tres condiciones son tenidas en cuenta para dicha emergencia: el grado de acceso que el grupo tiene en el proceso de toma de decisiones públicas, la configuración de actitudes y posibles aliados y oponentes en la población, y el grado de unidad que presenten las élites (Tarrow, 1997, p.49). De esta manera, la estructura de oportunidad política incide fuertemente en la participación de la acción colectiva al reducir los costos del concurso en esta para los actores sociales.

Tarrow (1997), al recurrir a los aportes de Tilly, presenta otro elemento fundamental para este tipo de enfoque analítico: la apuesta por la comprensión de la dinámica contenciosa de los movimientos sociales. Para el sociólogo norteamericano la posibilidad de entender los *repertorios* de acción como las modalidades adoptadas por los movimientos para presentar sus exigencias y enfrentarse a sus antagonistas permite la comprensión de dichas modalidades como elementos históricos que

se vinculan directamente con el contenido de sus exigencias (Tarrow, 1997, p.33). A esto debe sumarse la posibilidad aportada por estas elaboraciones de involucrar la dimensión política, entendida esta sin embargo, como un elemento restringido a la dimensión institucional y formal de la misma, así como a la incidencia en la agenda pública. Centrar la atención en el entorno institucional y político donde se da la acción colectiva puede llevar a la posibilidad de ver la irrupción de los movimientos sociales como respuesta a condiciones externas a ellos, lo que desconoce sus propias posibilidades de gestación.

Desde América Latina y Colombia han aflorado diversas interpretaciones que, sin desechar las elaboraciones eurocéntricas, han recreado los análisis de la acción colectiva prestando mayor atención al paradigma cultural en conjunción con las dimensiones políticas e incluso con las visiones de la lucha de clases, para tratar de dar cuenta de la complejidad de nuestra realidad.

El peso de la dimensión cultural entrelazada con la política está presente en la compilación hecha por Arturo Escobar y Sonia Álvarez (Escobar, 2001, p.492), que resalta la existencia de la acción social colectiva como intento por disputar la hegemonía presente en la cultura política de nuestras sociedades, y en el intento por forjar *nuevas ciudadanías*. La articulación con propuestas como la de Tarrow, ligada a las visiones que privilegian las identidades como construcción en conjunción con las lecturas de clase a la luz de la visión británica del marxismo, se muestra en la obra de Mauricio Archila (2003, p.463). Allí los movimientos sociales son analizados a partir de sus expresiones en la protesta social en un marco social profundamente conflictivo. Esta perspectiva aborda el rechazo a la comprensión de los movimientos sociales como expresión de un sujeto histórico por antonomasia, sumado a una preocupación transversal por la autonomía de estos actores en su relación con el Estado y con los partidos políticos de todo orden. Sin embargo, dos elementos son, a nuestra consideración, el mayor aporte de su obra: el primero, se centra en la comprensión de

que los conflictos que los movimientos sociales afrontan, así como las identidades que comprenden, no se hallan limitados a lo material, es decir, históricamente ceñidos a la contradicción capital-trabajo; en segundo orden, la concepción de ver a la acción social colectiva como un escenario profundamente politizado.

## **Lo social y lo político, una dicotomía inexistente**

La nociva perspectiva que ha centrado su atención en la posibilidad de generar compartimientos en la acción social conlleva una seria dificultad para el análisis de la complejidad social, pues impone barreras entre dinámicas sociales profundamente interrelacionadas, así, el intelectual se enfrenta maniatado a una realidad social que en ninguna parte presenta la quietud y la rigidez como características.

De igual forma, esta problemática se ha reproducido de manera lamentable al interior de la propia acción social colectiva y sus actores. Las comprensiones de la realidad como la expresión de diferentes elementos que difícilmente se entrecruzan y refuerzan han llevado a la imposibilidad de actuar en concordancia con su complejidad.

La comprensión compartimentada de la sociedad ha llevado a intelectuales y a actores sociales a propiciar la dicotomía y separación entre las dimensiones de lo social y lo político. Ello ha permitido, de paso, la profundización del distanciamiento entre la sociedad civil y el Estado y, por supuesto, entre lo público y lo privado.

Las propuestas analíticas de la acción social colectiva son muestra de las grandes complicaciones que ha traído concebir a la dimensión social y a la dimensión política como escenarios separados. La imposibilidad de profundizar en la comprensión de las acciones colectivas a partir de las elaboraciones teóricas presentadas, salvo en los intentos latinoamericanos, demuestra que estas son limitadas, pues solo pueden explicar una de las dimensiones, mientras la otra queda rezagada.



Las definiciones clásicas de la política, cercanas a la teoría liberal, nos presentaban constantemente a la política como una acción social; sin embargo, establecían que no toda acción social es política, así, era posible comprender a la actividad política como una actividad relacionada con el poder. No obstante, son más las inquietudes que las certezas presentadas por esta idea. En concordancia con Rodrigo Baño, creemos que estas ideas han posibilitado la comprensión de lo social y de lo político como dos abstracciones analíticas del comportamiento humano, a menudo poco diferenciables en momentos históricos precisos, lo que lleva al error común de creer en la existencia de escenarios típicamente sociales y de otros típicamente políticos. Del mismo modo, otra complicación es concebir estas dimensiones en términos de causalidad, así la posibilidad de aparecer en simultaneidad se ve relegada por la visión de secuencia histórica, donde lo social es un paso para lo político (Baño, 1985, p.200).

Ver estas dimensiones separadas ha abierto la posibilidad de encontrar una correspondencia limitada entre «lo político» con el Estado y «lo social» con la sociedad civil. Del mismo modo, lo público ha respondido a la primera correspondencia, en tanto que lo privado ha respondido a la segunda. Esta idea ha sido fuertemente reforzada por la errónea concepción de ver en el Estado un ente objetivado, con vida propia, ajeno e independiente de las relaciones sociales que expresa, en donde se condensa la política.

De esta forma, es posible pensar que la sociedad civil, por su parte, es un ente pasivo en donde todas las contradicciones pueden resolverse por medio de consensos y de forma amigable<sup>5</sup>. Así, la política toma un carácter de profesionalización comprendida y ejercida por un reducido círculo de iluminados, portadores de ciertos *habitus*, al mejor estilo del campo político de Bourdieu (2001, p.9). Entonces lo social se distancia cada vez más de lo político si se comprende que el ejercicio de la polí-

---

5. Zibechi contrapone la noción de sociedad política a la que más adelante haremos alusión.

tica tiene personajes precisos que la pueden desarrollar, que se encuentran al mando de instrumentos propios para eso. Dichos instrumentos son los partidos políticos que se erigen como tramitadores de lo social ante el Estado.

Baño (1985) presenta esta problemática puesta en los movimientos sociales. La fórmula radica en la constitución del partido como sujeto abstracto especializado en la política, mientras los movimientos sociales se constituyen como sujetos abstractos de la reivindicación de intereses concretos e inmediatos, relacionados con cierto tipo de conflicto social. De tal manera, el partido intermedia ante el Estado las demandas concretas de un «sector social» (ya sea sindical, campesino, étnico, etc.) y los movimientos sociales renuncian a sus pretensiones políticas entregándoselas a esos organismos especializados que son los partidos (Baño, 1985, p.157).

Cuando los partidos políticos o las organizaciones políticas deciden actuar como tramitadores de la sociedad civil ante el Estado y los movimientos sociales optan por aceptarlo, puede constituirse lo que Isabel Rauber denomina la *enajenación política* (2003, p.66). Así, la representación que hacen los partidos se sustenta sobre el despojo de los derechos políticos de los ciudadanos, esto abre la posibilidad para que, de una parte, aflore la tan constante subvaloración de la praxis social (Múnera, 1998)<sup>6</sup> y para que, de otra, surja de forma tajante la falsa separación entre sujetos: un sujeto político (el partido), un sujeto social (los sectores populares, los movimientos sociales) y un sujeto histórico (la clase).

---

6. Múnera plantea la subvaloración de la izquierda por la praxis social como la sobrevaloración de la praxis política, permitiendo que la primera se limite a incubar o gestar la praxis revolucionaria, dando paso a la aparición de la llamada izquierda social, que presenta mayor énfasis en las praxis propia de los movimientos sociales, y de la izquierda política que supedita el trabajo de «masas» a los interés de los partidos.

Creemos en la necesidad de romper dicha compartimentación para afrontar el análisis de los movimientos sociales en su sabida complejidad. En una sociedad profundamente conflictiva como la latinoamericana, el poder no se circunscribe exclusivamente al Estado, elemento propio de una gran heterogeneidad social, y los conflictos no se limitan al estatismo. Las instituciones de la sociedad civil son cada vez más politizadas y sus tensiones no se expresan exclusivamente por medio de las instituciones representativas burocráticas. Lo social no es la causalidad de lo político, ni lo político es exclusivamente la actividad de un grupo profesionalizado.

Tal como señalaría Offe (1996), las dinámicas de la movilización social constatan la ruptura de la dicotomía entre lo social y lo político. Así, en primer orden, aparece el aumento de ideologías y de actitudes participativas que llevan a la gente a servirse cada vez más del repertorio de los derechos democráticos existentes; en segundo orden, se da el uso creciente de formas no institucionales o no convencionales de participación política, como protestas, manifestaciones, huelgas, que cuestionan profundamente las vías tradicionales de participación. Finalmente, se da también el aumento en las exigencias políticas y los conflictos relacionados con temas que solían considerarse morales son mayores (Offe, 1996, p.163).

Un aporte fundamental para superar esta dicotomía ha sido presentado en la compilación a cargo de Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino, quienes, junto con David Slater, comprenden a la política como un ejercicio marcado por la formalidad y por la institucionalidad del sistema político, mientras que lo político es considerado como un tipo de relación que se puede desarrollar en cualquier área social, sin importar que permanezca o no dentro del recinto institucional de «la política». Lo político es, por tanto, un movimiento vivo, un tipo de «magma de voluntades en conflicto» o antagonismo; es móvil y ubicuo, sobrepasa pero también subvierte los lugares y ataduras institucionales de la política (Escobar, 2001, p.422). El escenario formal de «la política»

resulta central en los movimientos sociales, pero el escenario informal de *lo político* también es altamente frecuentado.

## Los movimientos sociales, expresión social y política

El primer elemento a considerar sobre los movimientos sociales latinoamericanos es, precisamente, el contexto donde se desarrollan y actúan. La existencia en una sociedad con un marco de evidente conflicto social hace de estas expresiones dinámicas fuertemente políticas, es decir, de entrada quedaría revertida la posibilidad de verlas como mera expresión de lo social<sup>7</sup>. Así, el contexto juega un papel central en la configuración de los movimientos sociales (Archila, 2003, p.57).

La existencia de los movimientos sociales es la expresión de acciones sociales colectivas. Dichas acciones presentan la posibilidad de concebir la presencia de actores colectivos y rompen con la mirada que privilegiaba lo individual como factor primario de la asociación, pues esta noción descartaba la existencia de posibles objetivos e identidades comunes en un colectivo social. Estas acciones sociales se dan enmarcadas, como ya lo hemos sostenido, en un marco social conflictivo, lo que evita la posibilidad de creer que toda acción colectiva es parte de un movimiento social.

La dificultad para establecer la línea divisoria entre el resentimiento pasivo y la acción social colectiva es sumamente complicada, porque la acción colectiva suele gestarse en momentos precisos y con la conciencia y situación concreta trazada con los adversarios; de hecho, Scott

---

7. Esta claridad es advertida por Archila (2003) quien sostiene: Cuando se estudian los movimientos sociales de América Latina, tanto los de clase, obreros y campesinos, como los llamados nuevos, se produce un choque entre teoría y realidad, pues si desde Europa se enfatiza la relación entre movimientos sociales y sociedad civil, en el subcontinente latinoamericano la precaria existencia de esta y el papel central que históricamente ha jugado el Estado hacen desde el principio que la acción social se politice. (p. 57)

(2000) advierte que cuando un acto práctico y cotidiano de desobediencia se junta con una negativa pública constituye una verdadera declaración de guerra (p. 240).

Si bien la opción de ver la racionalidad instrumental al interior de los movimientos sociales pierde terreno, no desaparece del todo. Múnera (1998) advierte acertadamente que incluso los militantes de izquierda vinculados a los movimientos sociales realizan cálculos de costo-beneficio, por supuesto, parados sobre otras dimensiones de sentido, donde el beneficio no se rige por lo económico. Otra dimensión aportada por el mismo autor para comprender los elementos racionales de estas acciones colectivas está centrada en la racionalidad no de la agregación de los individuos, sino en las demandas y exigencias que levantan, pues, aun cuando son inmensamente variables, se enmarcan en lo profundamente racional de los conflictos sociales (Múnera, 1998, p.38). Sin embargo, aunque la racionalidad es un elemento importante, no por eso nos atrevemos a descartar la posibilidad de lo espontáneo. Desde los aportes de Gramsci, consideramos que la espontaneidad es un elemento propio del actuar de las clases subalternas y, a pesar de que esta se presente, no necesariamente se pierde la noción de conciencia de la acción (Sánchez, 2009, p.43).

El desarrollo de las acciones sociales colectivas como los movimientos sociales presenta un elemento fundamental que les permite romper con la diferenciación de lo social y lo político. Estas expresiones no se limitan a desarrollar acciones reivindicativas sin buscar una incidencia política. La progresiva pérdida de legitimidad del sistema político hace que sus repertorios de acción no se restrinjan a la institucionalidad formal trazada por la asignación de roles sociales y políticos, por lo mismo se toma a la protesta social como principal vía de acción, aunque esto no significa que no recurran, en ocasiones, a dichas vías (Múnera, 1998, p.82)<sup>8</sup>.

---

8. Múnera sostiene: «no existe ningún movimiento popular incontaminado de política institucional, todos participan al mismo tiempo en el juego político del Estado y en el de la sociedad civil». (Múnera, 1998, p. 82)

Si bien los movimientos sociales no son la expresión del llamado sujeto histórico, ni mucho menos son una expresión revolucionaria *per se*, sí resulta de gran utilidad considerar dos propuestas analíticas venidas de las lecturas clasistas para entender las dinámicas conflictivas en donde se mueven, pues a nuestro modo de ver estos sí agencian conflictos que suponen la transformación social, por supuesto no de una forma pre-determinada, y están compuestos generalmente por sujetos subalternos que disputan la hegemonía social.

La primera de estas es lo que Ricardo Sánchez ha llamado «el resurgir de un paradigma de clase», que le permite debatir con las críticas de reduccionismo al plano económico, de vanguardismo, e incluso de la noción teleológica que se le ha adjudicado a la lectura clasista para afrontar la lectura de la movilización social de los trabajadores y las trabajadoras, como una dinámica que no necesariamente excluye la movilización por lo identitario, lo étnico, las nociones de género o lo campesino, pues allí actúa también el conflicto de lo material o lo económico y crea o afecta a las identidades que se construyen fuera de este (Sánchez, 2009, p.98).

La otra propuesta analítica que merece tenerse en cuenta es la desarrollada por Múnera, pues presenta la existencia de los *movimientos populares* como un tipo particular de movimiento social, donde la clase juega un papel central en el conflicto que los enmarca, y donde la centralidad societal de las relaciones de producción no es de orden ontológico. A lo anterior se suma que los conflictos entablados entre las *clases populares* y las clases dominantes no se reducen al plano estructural, ello permite abrir el campo al reclamo concreto de cada sector social (Múnera, 1998, p.65).

La importancia de considerar el enfoque de la lucha de clases para comprender a los movimientos sociales debe estar regida por las claridades presentadas por Thompson (1995), quien los concebía como productos históricos, que no precedían al conflicto social, sino que este permitía su construcción y configuración.

La definición de Archila de los movimientos sociales resulta de gran aporte en tanto que nos permite condensar algunos de los puntos referidos. Desde esta perspectiva, los movimientos sociales son comprendidos como «aquellas acciones sociales colectivas permanentes, orientadas a enfrentar condiciones de desigualdad, exclusión o injusticia y que tienden a ser propositivos en contextos espacio-temporales específicos» (Archila, 2003, p.74). Esta definición nos permite precisar dos elementos más: el primero, la posibilidad de que existan conflictos no necesariamente regidos por la tradicional relación capital-trabajo, y, el segundo, la existencia de ciertos grados de organización en el movimiento social que le garanticen su duración (Never, 2002, p.49)<sup>9</sup>. Finalmente, queremos señalar un elemento que a nuestro modo de ver caracteriza a los movimientos sociales: la existencia de conflictos a su interior como elemento positivo para su fortalecimiento.

## **Los movimientos sociales, otra expresión política de los conflictos**

Algunas consideraciones han sido ya planteadas en el anterior apartado, pues es imposible escindir las dimensiones políticas de los movimientos sociales cuando se está presentando una propuesta sobre su comprensión general. Sin embargo, consideramos pertinente hacer algunas apreciaciones sobre dicha dimensión, cuidándonos de no caer en la reiteración, por ello, elementos ya presentados no serán desarrollados en esta parte de la reflexión.

El primer elemento para observar es el contexto que enmarca el origen de los movimientos sociales en nuestro país. Si bien este punto ya ha sido expuesto, vale la pena mencionar la existencia de un conflicto armado y político que se suma y es, a su vez, parte de un profundo con-

---

9. Coincidimos con Never (2002) cuando señala que «todo movimiento social que intente durar para conseguir los objetivos tiene que abordar la cuestión de la organización» (p. 49).

flicto social. De entrada, este marco brinda unas connotaciones precisas a estas expresiones colectivas y condiciona sus estrategias, sus repertorios e incluso sus objetivos, pues las enfrenta a un diálogo constante con las dinámicas propias de conflicto.

La emergencia está centrada en un constante escenario de deslegitimación del conjunto del sistema político, de partidos, el electoral, del poder ejecutivo, del poder legislativo, e incluso del judicial. Lo anterior acompañado de la necesidad de entrar en la disputa de elementos relacionados con la propia confrontación armada como el caso de los movimientos de derechos humanos, de prisioneros políticos y de abanderados de una solución dialogada a la confrontación armada, por solo nombrar algunos. A ellos no pueden dejar de sumarse las demandas materiales, pues, si bien se presentan opciones más inclinadas a lo cultural y a lo simbólico, en un escenario como el colombiano, estos están marcados por las condiciones materiales de existencia de los actores sociales.

De esta manera, el contexto nos presenta unos movimientos sociales que desde su aparición están profundamente politizados, pues son una expresión colectiva de la sociedad civil o de la sociedad política (Zibechi, 2010, p.108) que, al poner énfasis en la confrontación, presenta un espacio donde los gobernados hacen política, una política otra, diferente, no institucional, asentada en la vida cotidiana, en los espacios, tiempos y modos de esa cotidianidad, es decir, en el espacio de *lo político*<sup>10</sup>.

Los movimientos sociales tienen una dinámica particular, relacionada estrechamente con su contexto. La sociedad colombiana, como el conjunto de las sociedades latinoamericanas, no se ha caracterizado precisamente por la fortaleza de sus sociedades civiles, forjadas al calor de las luchas sociales y de clase, donde el Estado ha tenido un papel no

---

10. La sociedad política es comprendida por Zibechi (2010) como «la expresión directa de los antagonismos sociales» (p. 108).



despreciable, aun a pesar de su histórica debilidad, propia de una oligarquía marcadamente fragmentada. De esta manera, los movimientos sociales han encontrado en el Estado y en sus dinámicas paraestatales su principal adversario, contra él se han dirigido la gran cantidad y diversidad de sus repertorios de protesta y sus exigencias.

Empero, no solo el Estado es centro de la incidencia de los movimientos sociales en el espacio de lo político. Sus dinámicas también se enfocan en influir en el grueso de la izquierda, aunque no sea en su parte más visible: encuentros, debates e incluso movilizaciones junto a otros movimientos repercuten en agendas, apuestas y medios de los mismos movimientos.

Es posible considerar que, aunque ya no se dé en los mismos niveles de décadas anteriores, las dinámicas para expresar solidaridad entre movimientos sociales son la expresión clara de una cierta conciencia política en estos. Los distintos repertorios adoptados por los movimientos sociales son de carácter histórico y responden a contextos espacio-temporales precisos, por ello, de ninguna manera pueden entenderse como expresiones de principio. Dentro de las dinámicas propias de los movimientos sociales, están, por supuesto, las relaciones que entablan directamente con el Estado y con las organizaciones políticas —elemento que será tratado en el siguiente apartado—.

Los objetivos que los movimientos sociales se trazan son otra forma de comprenderlos como procesos políticos y a la vez sociales. La existencia de un conflicto social que supone desiguales relaciones de poder y, por ende, un *statu quo* imperante permite pensar en la posibilidad de que los actores sociales colectivos surgidos como respuesta a esto busquen su transformación. Esto no quiere decir que los movimientos sociales asuman un carácter teleológico o se constituyan en el sujeto histórico y revolucionario por antonomasia, sin embargo, es lógico que las acciones sociales colectivas persigan la transformación de un entorno que les es perjudicial a los actores que las llevan a cabo. La disputa

por la transformación social es la pelea por la hegemonía<sup>11</sup>. Junto a los conflictos materiales, los movimientos sociales disputan la cultura, lo simbólico y la construcción y redefinición de los significados sociales, esa es la llamada *política cultural* de la acción social colectiva (Escobar, 2001, p.25).

Como ya lo hemos mencionado, la historia de América Latina y la difícil conformación de sus Estados nación presenta una precaria y casi inexistente participación y diálogo entre la sociedad civil y el Estado, por ello, la acción social colectiva ha buscado ampliar y construir un sistema político legítimo, que redefina los canales de comunicación entre estas «dos esferas» y que otorgue mayor participación a los actores sociales (Calderón, 1995, p.97). De allí que uno de los objetivos esenciales de los movimientos sociales en nuestro continente haya estado marcado por el intento de transformar el sistema político y, de paso, las prácticas y dinámicas de lo que hemos concebido como *la política*.

La democratización de las relaciones sociales aparece como un objetivo más de los movimientos sociales. Muy relacionada con la disputa por la hegemonía, aparece la intención de contribuir en el proceso de secularización de la sociedad, así como en el cuestionamiento de lo que se creía privado y propio de la moral, de las instituciones de la sociedad civil como la familia, las relaciones de pareja, la sexualidad, entre otras. Los objetivos de la acción social colectiva no están trazados de una forma natural o esencial. Son construcciones históricas, así, el movimiento social puede responder o no a la contradicción de la que da cuenta (movimiento obrero, movimiento campesino, movimiento de mujeres,

---

11. La hegemonía comprende dimensiones estructurales y culturales de la sociedad en sus relaciones de dominación, de allí que este aporte de Gramsci sea de gran validez para entender la lucha de los movimientos sociales. Véase por ejemplo: Gramsci, A. (1981). La Sociedad Civil. En V. Gerratana (Dir.) *Cuadernos de la Cárcel Tomo I*. México: Ediciones Era.

etc.), pero puede presentarse el hecho de que su acción esté encaminada a afrontar otros conflictos que a primera vista no reflejan su contradicción central. Entonces el movimiento de los trabajadores no siempre confronta la relación capital trabajo, pues como ha sido presentado acertadamente por Archila (2003), dentro de los movimientos sociales perviven, se construyen y se refuerzan múltiples identidades (p.379).

## **Los movimientos sociales en su relación con las organizaciones políticas y el Estado**

A este punto parece claro el hecho de que los movimientos sociales no se circunscriben estrictamente al plano de lo social o de lo cultural, no obstante, un escenario más merece ser considerado: las relaciones que estas expresiones colectivas han entablado con el Estado y con los partidos y organizaciones políticas en un proceso de mutuo moldeamiento y cuestionamiento.

La compleja relación entre los movimientos sociales y el Estado presenta dos dimensiones esenciales: de una parte, la intención del Estado de instrumentalizar a los movimientos sociales para reforzar las relaciones sociales de dominación, al punto de llegar a crearlos y procurar mantenerlos bajo su tutela (ANUC, UTC, CTC, etcétera.). De otra parte, la emergencia de movimientos sociales y las fracturas de algunos ya existentes, que lo han hecho objeto de sus demandas concretas y de sus repertorios, buscando su transformación y/o eliminación con miras a la ampliación y democratización del sistema político.

Estos dos escenarios han arrojado múltiples posibilidades de interacción. Por una parte, la represión agenciada por el Estado ha sido la vía predilecta para tramitar las demandas de los movimientos sociales en nuestro país, aun cuando no ha sido la única. La existencia de relaciones marcadas por el clientelismo, la institucionalización y la cooperación permiten matizar la situación. De otro lado, se encuentra la confrontación extrainstitucional de los movimientos sociales frente al

Estado. Allí los repertorios de la protesta privilegian lo exterior por encima de lo preestablecido por los canales tradicionales para entablar comunicación entre la sociedad civil y el Estado.

El Estado, sin embargo, es una construcción social que refleja las relaciones de poder existentes en la sociedad, no es ni estático ni totalmente homogéneo. Debe dejarse claro que también dichas relaciones son cambiantes y dinámicas, propias de contextos espaciotemporales precisos.

Las relaciones con el sistema político también están marcadas por las diferentes formas de relacionarse con los partidos políticos y las organizaciones políticas. La propuesta que María Fernanda Somuano (2007) retoma de Michel Hangan (1998) nos permite comprender cinco de las posibles alternativas de relacionamiento con partidos políticos formales e inmersos en lo que hemos concebido como la política (p.21), a continuación reproducimos la elaboración de Somuano por considerarlo de gran validez para el análisis propuesto:

**Articulación.** Las organizaciones pertenecientes a un movimiento social se agrupan alrededor del programa de un partido político y promueven las posiciones partidarias entre los seguidores potenciales a los que los partidos esperarían movilizar en busca de apoyo y nuevos miembros. Aun cuando los partidos políticos controlan directamente a estas organizaciones, generalmente éstas ejercen alguna influencia independiente sobre el partido[...]

**Permeabilidad.** Las organizaciones del movimiento infiltran a los partidos para intentar orientarlos hacia su causa [...] esta estrategia presume un apoyo considerable a las causas del movimiento dentro del partido. Aunque la permeabilidad implica que el partido no estará tan comprometido con un objetivo particular como los activistas del movimiento querrían, debe existir, a juicio de éstos, un amplio rango de objetivos comunes con el partido político al que pretenden influir. Leales al partido, los activistas del movimiento esperan recibir atención a su

causa y, [...] ejercer presión con el fin de llegar a tener una influencia importante en el partido, y en el mejor de los casos, adueñarse de él.

**Alianza.** Las organizaciones de los movimientos sociales pueden negociar alianzas ad hoc con partidos o fracciones de estos que involucren colaboración [...] en asuntos específicos, pero en las que tanto el partido como la organización retienen su propia estructura separada y libertad general de acción. Estas coaliciones [...] implican que cada parte espera beneficios específicos, estas se disuelven si estas expectativas no se cumplen.

**Independencia.** Las organizaciones del movimiento actúan autónomamente de los partidos políticos, presionándolos a hacer concesiones que, de no hacerse, pueden representar la pérdida de votos potenciales de quienes apoyan el movimiento.

**Transformación.** El movimiento social se convierte en partido político. [...] Típicamente las organizaciones de los movimientos sociales empezaron como “partidos de protesta” con el propósito de articular las demandas de los movimientos sociales vigentes como el ya típico ejemplo del Partido Verde Alemán. A lo largo del tiempo, si estos partidos crecen se les presenta la posibilidad de llegar a ser “partidos gobernantes o en el poder”, con la posibilidad real de influir las políticas gubernamentales y públicas mediante su propio poder electoral. Importantes debates dentro de las organizaciones de los movimientos sociales y los partidos formados por éstos han surgido con relación a la posibilidad real de combinar los mecanismos electorales con los de los movimientos sociales; esto debido a que los movimientos se sienten más cómodos como “partidos de protesta”, pero obtienen más beneficios como “partidos en el poder” (Somuano, 2007, p. 31).

Estas relaciones entretejidas por los movimientos sociales con los partidos políticos obedecen siempre a contextos específicos y, por ende, son de carácter histórico, es decir, no es una premisa esencial el optar por alguna de estas relaciones en particular o presentar una exclusivamente

durante su duración (Somuano, 2007). Así, en nuestro país todas las relaciones posibles se han dado, e incluso un mismo movimiento ha pasado por varias de estas en su desarrollo.

Nuestra lectura de las relaciones entre los movimientos sociales y las organizaciones partidistas de la izquierda desecha de entrada la posibilidad de que allí se dé la reproducción de un esquema analítico, que presente esta interacción en términos de dominantes y dominados. Por el contrario, se privilegia una lectura de relación dialéctica donde prima la reciprocidad de las partes, abriendo la posibilidad de pensar en beneficios y perjuicios compartidos. Es cierto que el conflicto social colombiano tiene la presencia de organizaciones guerrilleras que, por supuesto, tejen también relaciones con el movimiento social, lo que no implica que a estas se les atribuya también la unidireccionalidad.

La separación entre lo social y lo político también ha sido reproducida, con ciertos matices, por los movimientos sociales colombianos y por el conjunto de la izquierda. De esta manera, una parte importante de las relaciones entre estas se han dado en el marco del ensalzamiento de la praxis política y en detrimento de la praxis social, a partir de visiones vanguardistas es posible identificar una relación utilitaria que ha visto en el movimiento social simples *frentes de masas*.

Para Rauber (2003), las organizaciones de masas se definían y estructuraban desde los partidos (desde cada partido), esto fue lo que dio origen a estos. Cada partido buscaba organizar a los distintos sectores sociales: estudiantes, campesinos, cristianos, etcétera, para dirigirlos. De este modo, para los partidos, este elemento solo suponía ocupar puestos de dirección, así, la relación era desde arriba, desde afuera, jerárquica y subordinante; el partido supeditaba a la clase y de allí al resto de clases y sectores sociales y sus organizaciones. Esta situación convierte al partido en simple correa de transmisión entre las vanguardias y los sectores sociales, y entre otras cosas permitió lo que hemos concebido como la *enajenación política* (Rauber, 2003, p.39).

Sin embargo, existen otras formas de relacionamiento. Si bien es imposible pensar, como lo recuerda Baño, en un movimiento social sin la presencia de organizaciones políticas —quienes en muchas ocasiones lo organizan y lo promueven—, también es ilógico creer que solo estas tienen la capacidad de otorgarles la dimensión política a los movimientos, pues no son los instrumentos orgánicos los que definen al sujeto, por el contrario, es este quien configura la organización (Baño, 1985, p.133).

Para la comprensión de las relaciones construidas entre movimientos y organizaciones políticas, debe tenerse en cuenta que la autonomía de estas es, por supuesto, más deseo que realidad. La intención principal de las organizaciones políticas ha sido influir en la agenda y exigencias de los movimientos sociales, no hemos presenciado la existencia de simples roles transmisores entre la sociedad civil y el Estado por parte de estas organizaciones, pero tampoco hemos asistido al agenciamiento pasivo de las ideas y discursos políticos por parte de los movimientos sociales.

Cuando lo utilitario no ha imperado en dichas relaciones, los movimientos políticos han sido fundamentales para aportar elementos positivos a los movimientos sociales. La superación de la racionalidad instrumental ha sido posible gracias a la promoción de los militantes de izquierda de una política ética, de sacrificio y fuertemente ideológica; así como la irrupción de identidades positivas que superaran las relaciones sociales de subordinación ha sido posible gracias al concurso de estas organizaciones dentro de los movimientos sociales, hecho que posibilita otras dimensiones y orientaciones de sentido de la práctica social, al punto que el obrero y el campesino reconfiguraron su propia noción como actores sociales.

Como lo plantea Múnera (1998), los valores políticos, las tácticas y las estrategias que eran el corazón del discurso de la izquierda calaron en ciertos sectores del movimiento sindical y en sus mandos medios. Pero, en general, fueron percibidos por los trabajadores como uno de los prin-

cipales recursos utilizados por los dirigentes frente a los patronos y al Estado, y no como la guía teórica que debía iluminar la praxis (p.377).

Otro elemento que afloró con este tipo de relación fue la incorporación de recursos discursivos que le permitieron al movimiento social afrontar en mejores condiciones sus repertorios de protesta. Así, los dirigentes y parte del movimiento social encontraron en los discursos y elaboraciones de las organizaciones de izquierda herramientas para afrontar la praxis social y la política, es decir, la formación política. Sin embargo, dichos discursos siempre han pasado por una especie de filtros en el necesario proceso de selección del movimiento, acordes con su identidad colectiva y con las identidades que allí hacen presencia.

Pensar que todos los líderes de los movimientos sociales que comulgan con principios y discursos de la izquierda son insertados en estos desde afuera es desconocer que la gestación y formación de los líderes se dio en su interior. Los recursos discursivos fueron acompañados también por la posibilidad de ampliación dada en los horizontes de proyección de los movimientos sociales. Si bien el principio de la totalidad de Touraine (1987) no se da en ninguno de estos, la relación con la izquierda si aportó la posibilidad de proyección nacional y global de las luchas, los procesos y los objetivos.

Los discursos adoptados no resultaron de un proceso impositivo, por el contrario, fueron posibles en la interacción. Incluso procesos como la ANUC se acercaron a las organizaciones políticas en busca de estos (Múnera, 1998, p.247), a lo que debe sumarse la emergencia de intelectuales desde los movimientos sociales. Las relaciones entretejidas no han sido exclusividad de las «cúpulas» de las organizaciones políticas y de los dirigentes de los movimientos sociales. No debe olvidarse que, si bien los partidos políticos no suelen recurrir a la movilización y a la protesta social como uno de sus repertorios principales, el caso colombiano ha presentado múltiples organizaciones políticas que han elegido esta opción (como el caso de ¡A Luchar!); escenario que, entre otros, propicia el relacionamiento más allá de las respectivas «élites».



La reciprocidad en las relaciones nos lleva a retomar la frase del argentino Julio Cortázar (citado en Múnera, 1998) quien, al ser señalado de pervertir a la juventud latinoamericana con su obra, se preguntaba «qué tipo de movimiento es ése que se deja conducir como borrego a un callejón sin salida y cuya cohesión interna no resiste al embate de una fuerza externa» (p.246). No puede pensarse el movimiento social como simple carruaje conducido por los movimientos políticos o como un ente carente de toda influencia en la lucha y las dinámicas de estos. Sería injusto creer que las bases de los movimientos sociales fueron simples sujetos pasivos que solo podían resistir o presionar a sus dirigentes y a los militantes políticos, también sería injusto pensar que los militantes o líderes manejaban a su total antojo los hilos de sus propias organizaciones e incluso de los movimientos sociales donde hacían presencia.

Los movimientos sociales han descubierto y cultivado nuevas formas de articulación de intereses y de aspiraciones que pueden ser experiencias importantes de aprendizaje para los partidos políticos y las organizaciones de izquierda. Sin la irrupción y preocupación en medio de los movimientos sociales por conflictos que superaban los marcos rígidos con que las organizaciones políticas veían la contradicción capital-trabajo, dichas organizaciones no hubiesen articulado demandas y apuestas políticas por temas como el género, la diferencia sexual, la identidad étnica e incluso el respeto animal.

La movilización y la protesta social, principal repertorio de acción de los movimientos sociales, también ha repercutido fuertemente en los replanteamientos y en la adopción de nuevas apuestas estratégicas, en la concepción de otros conflictos y sujetos sociales, en los programas políticos e incluso en la adopción de otros repertorios de acción. Tal es el caso del paro cívico del 77 cuya influencia no debe centrarse tanto en su capacidad o no de quebrantar el poder en Colombia, sino en su incidencia en las organizaciones de izquierda, especialmente en las organizaciones guerrilleras. De hecho, las FARC-EP y el ELN, en su Séptima Conferencia (1982) y en el Primer Congreso Nacional (1984), respectivamente,

se vieron forzados a replantear sus visiones estratégicas. Por ejemplo, el ELN abandonó la apuesta militarista y, por su parte, las FARC-EP pasaron hacia un plan ofensivo, a la vez que los dos grupos reconsideraron a los actores sociales inmersos en el movimiento cívico, para superar la visión que los limitaba a las dimensiones logísticas de la guerra.

El contexto colombiano ha hecho de las dinámicas de los movimientos sociales y de las organizaciones políticas la oportunidad para que se exprese la emergencia y concurso de forma combinada de las diferentes expresiones de protesta social —desde las que han privilegiado la opción armada hasta las que han optado por la legalidad extrainstitucional, pasando por las opciones de la legalidad formal—. Dicha condición permitió la confluencia de muchas organizaciones, incluidas las guerrilleras, en diversos métodos y repertorios de acción, así muchas organizaciones y movimientos compartieron por ejemplo, la vía extrainstitucional para alcanzar sus reivindicaciones. A lo anterior debe sumarse una dura represión a los movimientos sociales, esto generó que algunos de ellos optaran por incurrir en prácticas de autodefensa e incluso de lucha armada como, por ejemplo, un sector del movimiento indígena que luego conformaría el Comando Armado Quintín Lame.

Pero no debe considerarse solo la lucha armada y la contienda electoral como las posibilidades de esta convergencia, también se da en la acción extra-institucional, privilegiando la confrontación con el Estado y sus fuerzas de seguridad como repertorio contra el *statu quo*, repertorio frecuentemente recurrido por los movimientos sociales, inclinación que en un contexto como el colombiano ha rayado muchas veces con la ilegalidad. Fácilmente los movimientos y organizaciones colombianas se han movido entre lo legal y lo ilegal articulando métodos de actuar políticamente que podría pensarse pertenecen exclusivamente a alguno de los escenarios.

La adopción de las distintas formas de lucha debe entenderse entonces no como un principio rígido de movimientos y organizaciones, sino

como un elemento enmarcado en la presencia de un contexto histórico concreto. Sin embargo, la posibilidad que esta condición abrió para la yuxtaposición de objetivos, repertorios y demandas por parte de los movimientos sociales con las diferentes organizaciones de la izquierda colombiana constituyó uno de los más serios peligros para su existencia, ante la creciente estigmatización y el señalamiento.

Aun si siguiéramos con la posibilidad errónea de pensar que los partidos son simples canales transmisores y comunicantes entre la sociedad civil y el Estado, es imposible pensar que estos no deben asumir la responsabilidad de renovarse constantemente a la luz de las dinámicas y conflictos que reflejan los movimientos sociales.

## **Algunas reflexiones para afrontar el estudio de ¡A Luchar!**

Pocas reflexiones académicas han tenido como objeto el estudio del movimiento ¡A Luchar!, sin embargo, progresivamente, las miradas analíticas vuelven sus ojos hacia su proceso histórico. Dentro de las miradas más destacables puede ubicarse el trabajo de Nubia Fernanda Espinosa (2013), *Propuesta y trayectoria del movimiento social y político ¡A Luchar! 1984-1991*, que representa uno de los pocos recuentos sobre el desarrollo histórico de este movimiento, y que, además, cuenta con una notoria rigurosidad.

El contexto colombiano durante la segunda mitad del siglo XX presentó un deterioro creciente de la absorción partidista y una considerable diversificación de la izquierda. Por esta época, la homogeneidad del imaginario político de los partidos tradicionales y la ruptura de los lazos e identidades afectivas e ideológicas que los unía con las clases medias y con los sectores subalternos produjeron un escenario propicio para el nacimiento de muchas organizaciones sociales y políticas al margen del control bipartidista. En este marco histórico se gesta ¡A Luchar!

La importancia de recurrir al análisis empírico de los procesos sociales nos presenta la oportunidad de confrontar a la teoría con la realidad histórica, además nos permite constatar la certeza de que los sucesos no se acomodan a la teoría, sino que es esta la que debe buscar acompañarse para poder explicarlos de manera compleja. Como era de esperar, ¡A Luchar! no puede circunscribirse al molde planteado por la teoría de los movimientos sociales, pero tampoco puede analizarse a partir de los presupuestos de la teoría de los partidos políticos.

El desarrollo histórico de esta organización nos lleva primero a preguntarnos por su aparición. En ese sentido, herramientas como la estructura de oportunidades nos permiten comprender la posibilidad de su emergencia como respuesta a ciertas condiciones de un contexto conflictivo. A su vez, herramientas como el desarrollo de identidades colectivas, e incluso las lecturas clasistas, nos permiten complejizar ese proceso de emergencia al acercarnos a condiciones internas y propias del movimiento.

Apostar por la estricta caracterización como un movimiento político partidista o como un movimiento social es desconocer la complejidad de su proceso.

¡A Luchar! aparece como un acuerdo político-sindical de orden nacional hacia 1984, se gesta en el marco de las conversaciones de paz adelantadas por algunas guerrillas y el gobierno de Betancur<sup>12</sup>. En ese momento presentaba más las condiciones de un movimiento social que de un movimiento político (¡A Luchar!, 1986). Dicho acuerdo unitario, gestado entre diferentes procesos de trabajadores, aglutinados en los Colectivos de Trabajo Sindical (CTS), la Corriente de Integración Sindical (CIS), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el Movimiento

---

12. Diálogos enmarcados en la propuesta de cese el fuego, tregua y diálogo nacional del gobierno Betancur, desarrollados entre éste y las guerrillas de las FARC, el EPL, la ADO y el M-19.

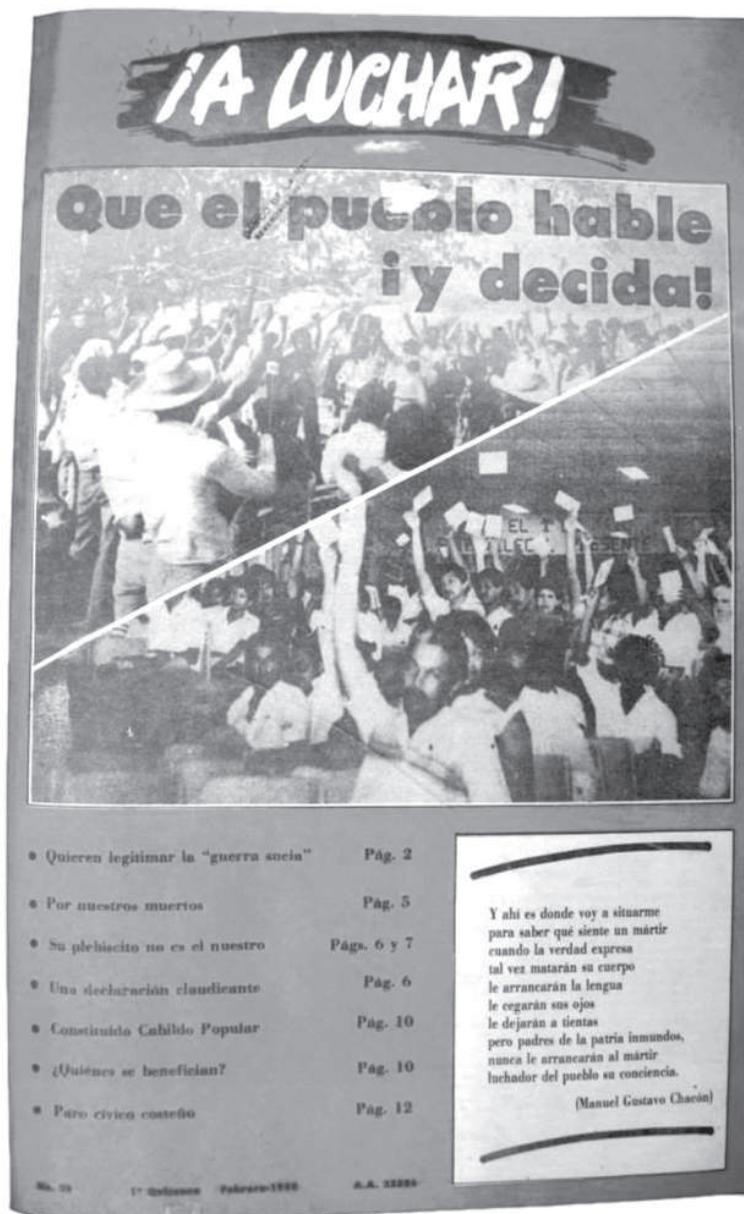


Imagen 1: Portada periódico ¡A Luchar! No. 29.  
Febrero 15 de 1988.

Pan y Libertad (MPL), y al que en menos de un año se le sumaría el Comité de Activistas Crediticios (CAC), la Coordinadora Obrera Revolucionaria (COR) y Opinión Obrera (¡A Luchar!, 1985), perseguía tres objetivos fundamentales: en primer lugar, oponerse de manera vehemente a los diferentes procesos de paz del Gobierno de turno, pues los consideraba una postura política para frenar la movilización social<sup>13</sup>; en segundo orden, apostar por la aglutinación de los sectores disidentes de las centrales obreras tradicionales de cierta inclinación patronal como la Confederación de Trabajadores de Colombia

13. De hecho el nombre del acuerdo político-sindical recibe el nombre de ¡A Luchar! De una de las consignas iniciales del proceso unitario que sintetiza uno de sus consensos políticos: *frente a la claudicación de las negociaciones ¡A luchar!* Entrevista personal con Nelson Cruz, militante de ¡A Luchar! Bogotá, marzo 18 de 2015.

(CTC) y la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC). Finalmente, el acuerdo buscaba incidir de manera notoria en la conformación de una nueva central obrera de carácter clasista y unitario, lo que posteriormente sería la CUT (Central Unitaria de Trabajadores)<sup>14</sup>.

El acuerdo sindical, desprovisto de programa, plataforma y estructura orgánica, estaba profundamente inmerso en el movimiento obrero colombiano. Solo hasta 1986, en el escenario de la primera Convención Nacional de ¡A Luchar!, adquiere algunas de las dimensiones propias de un partido político, sin embargo, omite otras características básicas de esa categoría. Su propuesta política discrepa de las intenciones de afrontar el conflicto social y político en el marco exclusivo del estatismo, por lo mismo privilegia ciertos repertorios de protesta directa como tomas de tierra, construcción de barrios de invasión, huelgas obreras, tomas de fábricas, marchas y movilizaciones y tomas de instituciones públicas. El Estado y el sistema político tradicional no eran contemplados como referencia si de legitimidad se trataba, es decir, el movimiento no pretendió ser legitimado por estos, a quienes considera ilegítimos y en una notoria crisis.

La propuesta de ¡A Luchar! busca romper con la fórmula de un partido tramitador de los problemas de la sociedad civil ante el Estado, y con el entendimiento de la política como una actividad profesional. Por ello, recurre a conjugar los repertorios de acción que privilegian lo extrainsitucional y la acción directa con ejercicios de democracia alternativa, lo que, en el marco de sus apuestas políticas, sería pensado como el *poder popular*.

---

14. El acuerdo A Luchar impulsaba la construcción de una Central de Masas y no únicamente obrera y sindical, referencias como las experiencias bolivianas (COB) o los proceso amplios de masas existentes en El Salvador eran algunos derroteros de ello. Sin embargo las condiciones de los movimientos sociales y políticos en Colombia no permitieron que ello tuviera lugar. Entrevista del autor con Nelson Berrío, dirigente de A Luchar. Diciembre 15 de 2014.



**Imagen 2:** Portada periódico ¡A Luchar! No. 36.  
Julio primero de 1988.

Allí puede ubicarse el ejercicio de la *Asamblea Nacional Popular* concebida como «el resultado de un conjunto de luchas, de eventos, de consultas, de instituciones, de esfuerzos unitarios que van ascendiendo con el tiempo, realizados por fuera de la institucionalidad oligárquica y en confrontación con ella. La Asamblea Nacional Popular es un esfuerzo autónomo del pueblo» (¡A Luchar!, 1987). El desarrollo de una institucionalidad paralela, sustentada en los ejercicios de *asambleas y cabildos populares*, fue la expresión de una intención clara de presentarse ante el país como una alternativa de poder en el orden nacional.

El desarrollo de sus apuestas de confrontación con la institucionalidad y el sistema político tradicional puede sintetizarse de la siguiente manera: «el país anhela democracia, busca participación y las viejas instituciones no se las ofrecen, tenemos que forjar espacios de participación directa de las masas, hacer sentir que es posible decidir, que es posible desde ahora intervenir en la vida política» (A Luchar, 1987). Estas

apuestas vieron en las campañas de *El pueblo habla, el pueblo manda* y la *campaña del no voto* algunas de sus principales expresiones.

A pesar de formalizarse más como proceso político tras su segunda Convención Nacional en 1988, y de buscar su consolidación finalmente como partido político en la coyuntura de la Asamblea Nacional Constituyente, no se logra gestar finalmente como tal, por el contrario, es un «partido» que recurre esencialmente a la movilización y a la protesta como repertorio, esto lo distancia de lo que un partido político buscaría: el concurso de las urnas.

En se orden de ideas, su participación en el Paro del Nororiente colombiano desarrollado durante el mes de junio de 1987 y en las marchas campesinas de mayo en 1988 fue vital. Los repertorios de esta colectividad la van a llevar incluso a expresar dinámicas fuertes de transgresión en su afán de sobrevivencia. Se puede hablar de, por ejemplo, el impulso de las *autodefensas de masas* en el programa concreto de la Asamblea Nacional Popular, así como de la orientación programática de su Segunda Convención Nacional para formar los *Comités de Resistencia Popular* (¡A Luchar!, 1988)<sup>15</sup>. Lo anterior se da junto con una fuerte y dinámica promoción de actos, encuentros, marchas, denuncias e incluso tribunales alternativos en defensa de la vida y de los derechos humanos. Allí podríamos incluso hablar de la existencia y desarrollo de una línea política de autodefensa, lo que lo pone en la empresa de su propia defensa como expresión política, despreciando

---

15. Estas dinámicas se dieron con distintos niveles de desarrollo en las diferentes regiones donde hacía presencia el movimiento, condición destacada por algunos militantes del mismo movimiento (entrevista del autor con Camilo Torres dirigente de ¡A Luchar!, miembro del Sindicato de Sofasa SINTRASOFASA en Duitama). A esto puede sumarse la entrevista de Martha Harnecker a Nelson Berrío, miembro del Ejecutivo de ¡A Luchar! Harnecker, M. (1982). *Entrevista con la Nueva Izquierda*. México: Centro de Documentación y Ediciones Latinoamericanas.



muchas veces el concurso del Estado y sus Fuerzas Militares y de Policía como garantes de su seguridad.

Como era de esperar, este movimiento es una muestra del encuentro en los análisis del país, demandas, objetivos y propuestas con organizaciones de la izquierda, incluidas las armadas, que complejizan aún más su caracterización, pues tampoco podría presentarse simplemente como una correa de transmisión o un frente de masas de estas, pero tampoco se puede desconocer su comunicación e incidencia mutua. El proyecto político levantado por ¡A Luchar! tuvo particular relación con las propuestas estratégicas del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Sin embargo, otras organizaciones del mismo carácter también jugaron un papel importante en sus planteamientos programáticos como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria Patria Libre (MIR-Patria Libre).<sup>16</sup> A lo anterior debe sumarse el concurso interior de otros procesos políticos que no recurrían al ejercicio de la violencia política como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), de inclinación trotskista que si bien promovió experiencias internacionalistas como la *Brigada Simón Bolívar* en apoyo a la revolución sandinista, no estuvo de acuerdo con la acción guerrillera en Colombia durante la década del 80 (Brigada Simón Bolívar, 1979); algunas organizaciones estudiantiles como el Frente Estudiantil Sin permiso (FER-SP) y un gran número de sindicatos, grupos culturales y procesos cívicos no adscritos a ninguna organización política.

Del mismo modo, podría recurrirse a los elementos presentados Hangan que retoma Somuano (2007) para comprender sus diferentes relaciones con partidos políticos tradicionales y de izquierda como la propia

---

16. La propuesta de unidad política de estas tres organizaciones frente a las conversaciones de paz entre insurgencias y el gobierno Betancur se conocería como la Trilateral. De allí, el proceso de convergencia entre MIR-Patria Libre y el ELN daría nacimiento en 1987 a la Unión Camilista ELN.

Unión Patriótica y el Frente Popular (articulación, permeabilidad, alianza, interdependencia y transformación).

Si bien ¡A Luchar! presenta, en su postura marxista, una inclinación a caer en las concepciones del sujeto histórico predeterminado, en el vanguardismo y en el predominio de lo económico sobre otros conflictos, no se le puede ver solamente de esta forma a lo largo de su existencia, dado que otras banderas de orden más cultural y de defensa de la vida, así como el concurso de las reivindicaciones de las mujeres, los indígenas y los campesinos como sujetos revolucionarios aparecieron en el desarrollo histórico de este proceso.



Imagen 3: Campaña Nacional por la Vida 1989.

¡A Luchar! es entonces un movimiento que fluctúa entre lo social y lo político. No es expresión de una de las dos dimensiones, es una experiencia de la profunda interrelación que hemos encontrado entre estas dos categorías a lo largo de estas reflexiones. Lo social como un espacio

profundamente político, y una política que no se circunscribe a la esfera estatal y formal. Al respecto, vale la pena recordar las reflexiones de Archila cuando sostenía que los movimientos sociales en nuestro continente son dinámicas intensamente políticas desde su génesis. También vale la pena recordar las propuestas de la compilación de Arturo Escobar (2001) que dan luz para entender a *lo político* como un campo social donde se entretujan todo el conjunto de las relaciones culturales, económicas y sociales de la sociedad, que reflejan la existencia de relaciones disímiles de poder en donde se lucha por la transformación. Por tanto, la falsa ruptura entre lo social y lo político es también la errónea separación entre los movimientos sociales y los movimientos políticos. Estos no son contradictorios ni dicotómicos son expresiones complementarias e interrelacionadas de la complejidad social y política de las sociedades latinoamericanas.

Podríamos finalmente recurrir a la ya célebre alusión de Marx frente a la existencia de los movimientos sociales y políticos: «No digáis jamás que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social» (Marx, 1979, p.91).

## Bibliografía

### Fuentes primarias

¡A Luchar! (1985). Acuerdos A Luchar. Circular interna No. 3. Enero 28 de 1985.

———(1986). *Cartilla Documentos Primera Convención Nacional*

——— (1987). *Cartilla Asamblea Nacional Popular. Alternativa de Poder.*

——— (1987). *Cartilla El pueblo habla, el pueblo manda.*

——— (1988). *Cartilla Conclusiones Segunda Convención Nacional.*

Brigada Simón Bolívar de Combatientes a Nicaragua (1979) Carta abierta. Bogotá. Julio 31 de 1979.

### Prensa

¡A Luchar! 1987-1991

¡A Luchar! No. 29. Febrero 15 de 1988.

¡A Luchar! No. 36. Julio primero de 1988.

¡A Luchar! No. 62. Mayo 4 de 1989.

¡A Luchar! No. 107. Junio 19 de 1990

### Entrevistas

Amanda Rincón dirigente de A Luchar en el sector docente. Entrevista personal. Bogotá. Noviembre de 2012.

Camilo Torres, dirigente de ¡A Luchar!, miembro del Sindicato de Sofasa SIN-TRASOFASA en Duitama. Entrevista personal. Duitama. Junio de 2014.

Militante de ¡A Luchar!, miembro del Grupo Contrabajo. Entrevista personal. Bogotá. Marzo de 2013.

Javier Marín, militante de ¡A Luchar! en Bogotá. Entrevista personal. Bogotá. Agosto de 2014.

Nelson Berrio, dirigente de ¡A Luchar! Entrevista personal. Bogotá. Diciembre 15 de 2014.

Nelson Cruz, militante de ¡A Luchar! Entrevista personal. Bogotá. Marzo 18 de 2015.

### **Fuentes secundarias:**

Archila, M. (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Colombia: ICANH.

Baño, R. (1985). *Lo social y lo político. Un dilema clave del movimiento popular*. Chile: Flacso.

Bourdieu, P. (2001). *Respuestas por una antropología reflexiva*. La Paz: Plural editores. 2001.

Cárdenas, N. (2009). *Impacto e incidencia social de la organización ¡A Luchar! en Colombia (1984 – 1989)* (tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

De la Porta, D. y Mario D. (2011). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: Universidad Complutense.

Escobar, A., Álvarez, S., Dagnino, E. (Comp). (2001). *Política cultural y cultura política. Una mirada a los movimientos sociales latinoamericanos*. Colombia: Editorial Taurus. 2001.

Espinosa, F. (2013). *Propuesta y trayectoria del movimiento social y político ¡A Luchar! 1984-1991* (tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Bogotá.

Hangan, M. (1998) “Social Movements. Incorporation, Disengagement and Opportunities. *A Long View*,” en Marco Giugni, Doug McAdam y Charles Tilly (eds.), *From Contention to Democracy*: Lanham, MA, Rowman and Littlefield Publishers.

- Harnecker, M. (1982). *Entrevista con la Nueva Izquierda*. México: Centro de Documentación y Ediciones Latinoamericanas.
- Humanidad Vigente Corporación Jurídica (2007). *Memorias de la represión: Operación Relámpago: crímenes de lesa humanidad contra ¡A Luchar! en el Valle del Cauca*. Bogotá: Humanidad Vigente.
- Marx, C. (1979). *La miseria de la filosofía*. Moscú: Lenguas Extranjeras. Disponible en 1979 <http://investigacion.politicas.unam.mx/teoriasociologica-paratodos/pdf/Teor%EDa%201/Marx%20-%20Miseria%20de%20la%20Filosofia.pdf>.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Colegio de México.
- Múnera, L. (1998). *Rupturas y continuidades*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.
- Never, E. (2002). *Sociología de los movimientos sociales*. Barcelona: Hacer Editorial.
- Offe, C. (1996). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Editorial Sistema.
- Olson, M. (1992). *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la Teoría de Grupos*. México: Limusa.
- Rauber, I. (2003). *Movimientos sociales y representación política*. Buenos Aires: Pasado y Presente XXI.
- Sánchez, R. (2009). *Huelga. Luchas de la clase trabajadora en Colombia. 1975-1981*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.
- Casanova, J. (1991). *La historia social y los historiadores*. Zaragoza: Crítica.
- Sommano, M. (Enero de 2007). Movimientos sociales y partidos políticos en América Latina: una relación cambiante y compleja. *Política y cultura* (27), pp. 31–53.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.

- Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Universitaria de Buenos Aires.
- Zibechi, R. (2010). *América Latina: contrainsurgencia y pobreza*. Bogotá: Desde Abajo.